

# Nubosidad en la Veguilla

LA peor salida de Alcázar es la del camino de Villafranca, como la peor de Villafranca es la de Alcázar. Ambos pueblos están unidos por un terreno espartano, arisco, improductivo, cubierto de lastón y albardín, aguas abajo del Gígüela endorrelco, que se ha ido dejando su caudal en

las numerosas lagunas de las vegas de Quero, Villacañas, Villafranca y Alcázar.

Gran interés tiene todo lo apuntado, como se verá cuando nos ocupemos de ello, pero ahora nuestro sentimiento anda como el río, de una en otra hondonada de la infancia y como sucede cuando ya está a punto de empaparse toda el agua de los charcos, que se remueven los posos y parece que se embebe más deprisa la poca agua que queda. Desequemos, pues, la lagunilla sentimental, para considerar después mejor lo util.

Ello es, que cuando yo era chico iba con mi padre muchas veces por este camino, subido en la borriquilla hasta «El Velaor». Antes que este estaba el pedazo de la Veguilla. Las dos tierras eran muy apreciadas. «El Velaor» hubo que venderlo para atender una dolencia que no pudo remediarse. ¡Mala racha aquella!

Entonces no existía el Alcantarillado, ni las «Aguas Potables» y a pesar de ser la Veguilla la parte más declive y el desagüe natural del pueblo, se encharcaba muy poco y nada en la entrada cuyas tierras eran de primera calidad en cuanto a producción.

Muchos días se salía del pueblo con día claro y al bajar las «Las Abuzaeras» nos envolvía una neblina como humo, que empañaba la atmósfera durante un gran rato y a veces se formalizaba una niebla densa que empapaba la ropa y el aparejo de la borriquilla.

Hilario «el Repretao» que era hombre de mucho conocimiento, decía que era el vaho del río que se agarraba a la tierra baja.

A él le gustaba más «La Muela», el aire limpio y sano de Piédrola. Y a todos nos pasaba lo mismo, pero mi padre no olvidaba la obligación y muchas noches iba andando, a deshora, lloviendo a mares, a abrir o cerrar la zanja para el paso del agua. En mi casa quedaba la zozobra hasta que volvía chorreando. El no se arredraba por nada, pero en mi casa siempre inquietaron más o menos las nubosidades de la Veguilla.



LA JOSEFILLA

Así llamaba mi padre a la que me seguía en la serie de ocho hermanos. Murió a los 20 años. Mi padre le sobrevivió 30 años y ni un solo día dejó de llorar por ella. Yo tuve que rebuscar y ordenar sus huesos para que no se quedaran perdidos entre la tierra cuando se la cambió de sepultura. ¡Qué deseo tenía mi padre por llegar a ese acto, creyendo poder verla! ¡Y qué tristeza nos quedó para siempre ya!

## FUNCION UTIL

La borriquilla de mi casa tenía sus «aguabras» y cuando iba yo con mi padre echaba en una la comida, la botija del agua y el azadón y en la otra me echaba a mí y me tapaba con una manta. Allí escondido, empecé a comprender algunas cosas. Mi padre en esas ocasiones, con tal de llevarme, iba andando hasta la Muela y se ponía a trabajar en cuanto llegábamos, como si tal cosa, hasta ponerse el sol. ¡Qué temple tenía! Yo, en el camino, era el contrapeso del hato. En el haza no serví para maldita la cosa, pero a mi padre le gustaba que estuviera con él y que aprendiera a trabajar. ¡Cuánta razón tenía!